

Las mujeres que andaban “solas”. Representaciones sobre *provincianas* en Buenos Aires (1947-1960)

Paula Emilia Román (CISH –IdIHCS)

paularoman87@gmail.com

*“Ser bonita y ser pobre, a veces la combinación exacta para un drama con música de tango en el cual la tentación o la ingenuidad hacen de tobogán para llegar al desenlace dramático”.*¹

Introducción

Después de la primera guerra mundial, América Latina asistió a un fenómeno de movilización masiva de población rural hacia áreas urbanas. Este enorme desplazamiento de personas, cobró particular impulso como consecuencia de la crisis de 1929 que afectó directamente a las economías de exportación agrícola. Las clases propietarias transfirieron la caída de sus ingresos a los/as trabajadores/as y aunque éstos/as desplegaran estrategias de resistencia, huelgas y otras formas de lucha, no lograron imponerse a nivel global frente a la avanzada de gobiernos represivos. En ese contexto, según se ha destacado, la decisión de migrar apareció para muchos/as como “una opción más viable que alzar la voz”.²

En Argentina, la mayoría de los migrantes internos se instaló en el área litoral del país, conformándose un nuevo escenario social urbano que José Luis Romero (2001) definió con el nombre de “ciudades masificadas”. El IV Censo de Población de 1947 arrojó informaciones esclarecedoras, reconociendo “un activo movimiento de la población que abandona la jurisdicción de origen en busca de mejores condiciones económicas y de la vida en las ciudades”.³ Así, para 1947 la jurisdicción que contenía la mayor proporción de ciudadanos/as provenientes de otras era la Capital Federal, con 946.776 habitantes nacidos/as en el interior, sobre una población total de 2.161.962. Éstos representaban una proporción del 43,8 por ciento, un porcentaje considerable si se compara con las informaciones del censo de 1914, que arrojaba un 18,1 por ciento.

¹ Diario el Plata, Marzo 1947.

² Hora, Roy (2015).) “Repercusiones de la Gran Depresión en Argentina” en DRINOT y KNIGHT, *La Gran Depresión en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.

³ IV Censo Nacional de la Nación (1947). Tomo I. Población. Publicación de la Dirección Nacional de Servicio Estadístico. Buenos Aires. Página 64.

Entre quienes migraron en este período fueron las mujeres quienes constituyeron la mayor proporción, hecho que el Censo reveló con claridad también para el caso de la Ciudad de Buenos Aires, donde se registró que éstas conformaron el 56,7% del componente migratorio.

Por otro lado, la provincia que más migración interna recibía era Buenos Aires, en cuanto concentraba un 27,6 por ciento de nacidos fuera de su jurisdicción, es decir 962.928 personas frente a un total de 3.491.129. No obstante estas informaciones, el relevamiento no alcanzó a visibilizar los movimientos intraprovinciales, de relevancia para el período estudiado, según lo reflejan otras fuentes.

Sin dudas la manifestación más impactante de este fenómeno fueron los asentamientos de emergencia, denominados por Bernardo Verbitsky en la década del cincuenta como “villas miseria” (VERBITSKY; 1958). No obstante, fue la presencia de los y las migrantes en los territorios culturales y sociales que frecuentaban las clases medias y altas, lo que despertó sentimientos de “amenaza a su identidad y privilegios de clase” (MILANESIO; 2014). Como consecuencia, proliferaron representaciones que construyeron en el migrante la figura del Otro, destacándose la configuración racial de los estereotipos, en especial aquél “mote infamante”⁴: el “cabecita negra”.

A pesar de su trascendencia los estereotipos ligados a la provincianidad femenina, no tuvieron la misma repercusión en los análisis sobre este problema. Teniendo en cuenta esa vacancia, en este trabajo nos proponemos recuperar algunas miradas sobre el arribo de “las masas” a Buenos Aires desde el análisis de las representaciones sociales sobre “provincianas” que emergieron en algunos periódicos de la época.⁵

Haremos foco, en concreto, sobre las trayectorias de las mujeres que andaban “solas”, esto es, aquellas tipificadas sin el acompañante masculino en calidad de marido o pretendiente formalmente establecido, sobre la hipótesis de que fueron representadas de modo “aleccionador”, para ser reubicadas en los lugares socialmente aceptables en función del género y su procedencia social.

⁴ Esta expresión pertenece a Hugo Ratier (1973) Villeros y villas miseria. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Colección “La historia popular” nº 60.

⁵ En este trabajo retomaremos las publicaciones diarias del periódico “El Plata” de la ciudad de La Plata. Se trata de un diario fundado en el año 1947, de adscripción peronista que, no obstante no apeló directamente a la propaganda, sino que intentaba postularse como un informativo regional.

Deseos peligrosos

Las historias sobre mujeres que decidían abandonar sus pueblos de origen para lanzarse a la “gran ciudad” y explorar nuevos horizontes, comprendían una imagen ampliamente difundida en estos años, y firmemente instalada en la literatura occidental.⁶ Ésta recogía imaginarios en torno a las posibilidades de promoción social y realización personal, que en verdad no eran una opción lejana. La escolarización, la expansión de la industria y los servicios, la urbanización, crearon un contexto favorable que repercutió igualmente en las representaciones más optimistas del fenómeno.

La trayectoria individual más recorrida es la de la joven actriz que se entrega al sueño de consolidar una carrera en el mundo del espectáculo, retrato que encarna el recorrido personal de Eva Perón, la figura política femenina de mayor trascendencia en este período. Sin embargo, hubo otras referencias, tal como lo evidencia el caso de Petrona C. de Gandulfo, o “Doña Petrona”, una famosa santiagueña que supo catapultar su carrera pública en los territorios de la Capital Federal, llegando a gestionar, además de su programa en la tele, múltiples negocios (PITE ; 2016)

Según esta mirada e idealmente, la ciudad aparecía como un lugar que ofrecía un universo de posibilidades, estimulando la imaginación de las viajantes. En ocasiones, los nativos promovieron esa imagen de un espacio que recibía a sus visitas de manera acogedora.

Teniendo esto en cuenta, es posible que las imágenes ligadas al éxito comprendieran una fantasía común en algunas mujeres, que podían identificarse con las fotografías difundidas diariamente sobre estrellas del cine y el teatro, imágenes que formaban parte de los consumos populares de manera cotidiana. En particular, estos estereotipos instituyeron patrones de belleza con improntas claras: se retrataba a mujeres blancas, mayormente rubias, y de clase alta, cuyos cuerpos eran definidos en torno al deseo heterosexual masculino, socialmente constituido.

Sin embargo, en paralelo existía otro conjunto de representaciones sociales en torno al viaje de la “muchacha de pueblo” a la Metrópolis, dominantes en los periódicos que estudiamos. Esta imagen es la de “la caída en desgracia” de aquellas que, por viajar

⁶ Armus, Diego. (2002) "Milonguitas" in Buenos Aires (1910-40): tango, social ascent, and tuberculosis. En: Historia, ciencia, Saude-Manguinhos vol.9 suppl.0 Rio de Janeiro .

“solas” y ser de condición humilde, terminaban sus días hundiéndose en los resquicios de la marginalidad. Aquella representación comprendía un tránsito de degradación moral, encarnada sobre todo en el ejercicio de la prostitución, cuando no acababa directamente con la muerte.

En algún punto estas representaciones actuaban reforzando el carácter de excepcionalidad de las primeras, indicando así que la mayoría no concretaba el deseo de “salvarse” socialmente. Los diarios que analizamos recogieron exhaustivamente este estereotipo, enmarcando las trayectorias provincianas en las noticias policiales, contribuyendo a la consolidación del binomio mujer/víctima como imagen dominante, compuesta a su vez de caracterizaciones subsidiarias ligadas a su “ingenuidad” e “impericia” en el medio urbano, que fortalecieron a su vez, miradas de alterización.

Desde el punto de vista de esta representación, el deseo de las mujeres se convertía en un terreno peligroso, pues podía desviarles del camino apropiado según el modelo ideal familiarista heterosexista. (ACHA, BEN) Según este esquema el rol de la mujer/madre dedicada al hogar tenía por opuesto complementario el del varón/proveedor. En marzo de 1947, una nota del diario El Plata recogía “*significativas revelaciones*” sobre estadísticas matrimoniales en Estados Unidos. Enseguida, el cronista se preguntaba “¿y entre nosotros?” Reconociendo que aún no había cifras para el caso argentino y “*puestos en el trance de dar un juicio, nos inclinaremos por el que establece una estrecha relación entre las necesidades femeninas y el bolsillo del marido*”. Baste un ejemplo entonces para exponer el tipo de representaciones que conformaron diariamente un discurso en torno al mandato familiar, que articulaba roles de género con expectativas económicas.

Así, en este trabajo nos proponemos explorar aquellos recorridos que buscaron sortear los cánones de domesticidad dominantes. Indagaremos entonces en las trayectorias urbanas de provincianas que viajaban “solas”, esto es, aquellas tipificadas sin el acompañante masculino en calidad de marido o pretendiente formalmente establecido. Intentaremos mostrar que las trayectorias de estas mujeres se inscribieron, efectivamente, en una matriz deseante en torno a las posibilidades de realización personal que ofrecía la ciudad y que tuvo múltiples interpretaciones ancladas en una realidad compleja y cambiante.

En función de ello, buscaremos avanzar sobre la idea de que las crónicas se esforzaron por exponer socialmente a estas mujeres de manera aleccionadora al respecto de los roles que correspondían a su género y procedencia social. Serán así tipificadas en

calidad de “sujetos desviados”, construidas como personajes que en la alteración de los lazos sociales considerados “normales”, dejaron al desnudo la propia falta. La explicación que repone la fuente pone en el centro de la escena el comportamiento “impropio” como resultado de cierto “carácter” o “forma de ser”, que tiene *el deseo* como eje. De este modo, se incurre en caracterizaciones de patologización que ubican las decisiones de estas mujeres en los terrenos de la irracionalidad, así como la infantilización.

Ordenaremos la exposición en dos momentos: primero, se indagarán algunos trabajos que han estudiado las representaciones del “mal paso” o “la caída”. Se trata de figuraciones de años previos sobre trayectos similares, que tienen como eje la movilidad de la mujer de manera autónoma, producto de una toma de decisión sobre el modelo de vida. En un segundo momento del trabajo, presentaremos una selección de tres casos que establecen un dialogo posible con aquellas representaciones previas, permitiendo reconocer y problematizar algunas de las premisas mencionadas en este apartado.

El fantasma de la costurerita

Los trabajos que encaran la problemática de las representaciones en torno a trabajadoras durante el temprano siglo XX, han puesto en escena una serie de figuraciones sociales sobre el llamado “mal paso” o “la caída”.

Uno de los investigadores que trabaja estas figuras es Diego Armus. En sus investigaciones sobre la tuberculosis como fenómeno social y cultural, Armus (2002) ha estudiado la figura de la muchacha de barrio que lo deja todo por lanzarse hacia una vida la ciudad. El autor se cuestiona por el modo en que insistentemente, los escritores vincularon a estas mujeres con la enfermedad, teniendo en cuenta que los afectados en mayor proporción resultaron ser varones. Encuentra entonces, que la “feminización de la tuberculosis” expresaba un sentido común que buscaba en la enfermedad la exteriorización de una “degradación interna”, es decir: la falta moral en esas mujeres.

Con esta premisa, Armus encara el análisis de “la milonguita”, una figura presente en la cultura popular de las décadas del veinte, el treinta y el cuarenta, como actualización de “la costurerita que dio aquel mal paso”, de principios de siglo. Las dos figuras tienen en común el viaje, aquella trayectoria que las arranca del barrio y las lleva a la ciudad, en el intento ambicioso de lograr un éxito inmediato frente a la perspectiva de una vida de sacrificios. Sin embargo, “la milonguita” tiene por escenario privilegiado

el cabaret y el prostíbulo expresando más claramente la dinámica urbana del centro porteño. En cambio, “la costurerita” recoge un marco de referencias más amplio que podría prestarse a un diálogo más productivo con las trayectorias que trabajamos, a pesar de representar un modelo anterior.

Esta figura tomó su nombre de un personaje creado por el poeta Evaristo Carriego, en 1913. El poema recoge la historia de una joven trabajadora que huye de la casa familiar, detrás de un “desvergonzado”, que finalmente “no la hace caso”. Los catorce versos que componen el soneto hacen foco sobre todo en las murmuraciones de los vecinos y las compañeras de trabajo al respecto de su comportamiento: *“daba compasión verla aguantar esa maldad insufrible de las compañeras, ¡Tan sin corazón! Aunque a nada llevan las conversaciones, en el barrio corren mil suposiciones y hasta en algo grave se llega a creer.”*

Efectivamente, la costurerita es una mujer trabajadora cuya decisión de vida es severamente cuestionada por la comunidad, ya que pone en juego la valoración social de los/as que se dejan atrás. Pero además, y según ha destacado Queirolo (2007), “el mal paso” pone sobre la mesa una doble lectura sobre los problemas de la promoción social y la sexualidad en las mujeres de sectores populares. Así, su trayectoria expresa un desafío clasista, en tanto busca trastocar el orden social que la condena a reproducir las condiciones de su pobreza; pero además intenta hacerlo a través de un vínculo sexo afectivo por fuera del matrimonio, desmontando también el mandato genérico. En ese sentido se convierte en un personaje doblemente subversivo, doblemente degradado.

El análisis del abandono posterior al que es sometida producto del “sinvergüenza”, es igualmente interesante en su doble moral, ya que si bien quien genera la situación es el varón, las murmuraciones afectan el status social de la costurera: la impronta del mal paso es propia.

La sugerencia de “algo grave” redobla la apuesta, materializando aquella “caída” en la paulatina degradación física de la mujer a medida que avanza la enfermedad, a tono con la trama de exclusiones sociales que constituyen su entorno. (ARMUS; 2007) Este es precisamente el último elemento en la configuración del estereotipo: la ciudad en su variable marginal, el escenario de un submundo donde hay lugar para la perdición de estas jóvenes.

Si bien estas figuraciones no comprendieron representaciones en torno a los procesos migratorios, constatando en cambio el viaje en los límites de la ciudad, esas trayectorias “del barrio al centro” actualizan una dicotomía de valoraciones igualmente

presentes en algunas configuraciones de la relación entre “Buenos Aires y el interior” como polos opuestos de sentido construidos ideológicamente más que en su distancia geográfica real.

En el siguiente apartado avanzaremos entonces sobre tres casos de mujeres migrantes que exponen algunas variables de estos estereotipos, de modo tal de poder establecer matices y continuidades entre figuraciones populares de principios de siglo, y las de los años cincuenta.

“Vivir la vida”

La historia de Santina G. es reveladora del estereotipo sobre la viajante que aparece en las fuentes. Se trata de una mujer que aparece en las noticias luego de haber sido atacada a golpes y finalmente asesinada por Juan Alcides B., un hombre con el que había mantenido algún tipo de relación. La crónica se compone de dos momentos teñidos por valoraciones desiguales. En un primer momento, se describe su vida en el lugar de origen de modo idealizado. Allí, Santina *“que había sido una mujer de extraordinaria belleza en su juventud”* conformó familia, casándose con un muchacho del pueblo *“con el que tuvo un hogar feliz y apreciado”*. El relato continúa, anunciándose el hito que funda la decisión de viajar: *“mientras vivió con los suyos, en un humilde pueblito de provincia, su historia no ofrece ningún detalle precursor del fin trágico que le esperaba”*. Sin embargo, *“al cumplir los 47 años, sufrió un cambio radical en su carácter y en su forma de ser, embarcándose para la Metrópoli después de un disgusto familiar”*. Según el cronista, la mujer anunciaba su deseo de *“vivir la vida”*.

El segundo momento de la crónica busca esclarecer el significado “velado” de ese deseo, describiendo las actividades de Santina en la Capital, según el punto de vista de quienes, ocasionalmente, la trataron durante los dos meses que pasó en Buenos Aires. Se relata entonces que la mujer había alquilado una pieza en una casa en la que *“por su conducta retraída y correcta, se le había llegado a estimar”*. Sin embargo, *“sus salidas nocturnas no dejaron de llamar la atención y estimular los comentarios”*. Con el subtítulo *“amiga de los serenos”*, el cronista detalla que el motivo de estas *“andanzas nocturnas”* tendría que ver con el ejercicio de la prostitución: *“bajo el apodo profesional de Fanny, visitaba a los serenos de las casa en construcción, con quienes*

había trabado amistad". En efecto, el asesino de la mujer, fue hallado en una obra, a pocas cuadras de su domicilio.

Sin dudas, esta crónica pone en evidencia la matriz normativa en torno a los roles que correspondían a una mujer casada, estableciéndose un contraste notable entre el mundo familiar previo y el ciudadano, donde vive de manera autónoma. Esta desigual ponderación es acentuada en reiteradas oportunidades en las que se referencia a Santina como "la Sra. Tonelli", destacándose que a pesar de la separación física, continuaba vinculada al marido por el matrimonio. El cronista, apela así a un llamado más profundo, inscrito en la trama de la sociedad moderna: la legitimidad del pacto sexual que habilita a un hombre reclamar su potestad sobre el cuerpo de la mujer (PATEMAN, 1988.)

La caracterización del motivo que lleva a la mujer a abandonar la vida pueblerina y la familia constituida es sin dudas destacable en el análisis, ya que incurre en la patologización. Se alude a un "*cambio radical en su carácter y en su forma de ser*", que toma a todos/as por sorpresa, incluido el cronista: ¿quién podría desear el abandono de un estilo de vida consolidado y apacible, epílogo de realización para cualquier mujer? Se ha destacado que el "mercado matrimonial" en el pueblo de origen, podía llegar constituir una trama social instituyente en la biografía de muchas personas, por lo cual la decisión de migrar implicaba tomar valor para romper con las lógicas relacionales del pueblo entero (WIAME BERTAUX; 1983). Desde este lugar, la justificación de partir para "vivir la vida" aparece como el resultado de un arrebato irracional, sólo comprensible en los términos de la locura. No en vano, el cronista elige este enunciado para figurar la voz de su protagonista, recurso que no va a ser empleado nuevamente en las notas, donde Santina será hablada constantemente por otros.

Por último, aquella caracterización en dos momentos se actualiza en su connotación sexual. En Buenos Aires, el proceso de degradación de Fanny es construido justamente en torno a su carácter sexuado. Su actividad nocturna genera "rumores", mecanismos regulatorios que se activan al nivel de la comunidad, encarnada en los testimonios de los vecinos. Éstos son recuperados para proyectar aquella lectura: Fanny pudo ser una persona estimable en la medida en que observaba una conducta reservada y retraída, es decir: no sólo sumisa sino, sobre todo, privada. La crónica insiste así en la reubicación de los sujetos: los cuerpos de las mujeres deben adscribir a comportamientos y espacios definidos socialmente. Por proyección, la restitución al ámbito doméstico, es también una reposición al pueblo de provincia, aquel lugar

habitado en definitiva por “los suyos”, acentuándose la construcción simbólica de la distancia y la alterización.

En el mismo tono, la incorrección de la conducta sexual es señalada por el cronista en la supuesta vergüenza que habría sentido Fanny “*al ocultar el origen de las lesiones internas hasta el momento de morir*”. Se destaca entonces que en un aire de cordura la mujer buscó preservar su honor. Con el subtítulo “*promete callar todo*”, se relata que “*al volver en sí, la víctima prometió al agresor silenciar lo ocurrido, retirándose a su domicilio, mientras la aquejaban agudos dolores internos. Un resto de escrúpulo, el mismo que la hizo adoptar un nombre supuesto en su nueva vida y silenciar el suceso como un gaje del nuevo oficio, provocó su inmediato encierro en su habitación, rehusando visitas y manifestando que estaba atacada de gripe*”. En esta breve reseña, resulta notable el rescate del “escrúpulo” como gesto vivo de correcta adscripción moral, a pesar de ser esa misma razón la que retrasa su internación y contribuye al desenlace fatal. Los verdaderos motivos por los que Fanny habría elegido callar se nos escapan.

Por otro lado, el énfasis puesto en la regulación de la conducta de la víctima y no del victimario, del que apenas obtenemos algunas referencias, es sin dudas revelador al respecto de los modos en que se valoraba socialmente la vida de las mujeres humildes. Del mismo modo, permite destacar el propósito de estas crónicas, que más que informar sobre un hecho acontecido, desplegaba una lectura de lo sucedido, aspecto sobre el que volveremos.

El destino trágico encontró también a la joven María Susana P., una mendocina de 21 años, que falleció producto de una descompensación cardíaca en el camino Bancalari, yendo hacia Tigre. La nota que trata su caso lleva el sugerente título “*volvían de una juerga*” en alusión tanto a la migrante, como a los cuatro hombres jóvenes que la acompañaban aquella noche de sábado en que fue abandonada al lado de la ruta.

La trayectoria de vida de María Susana sigue en muchos elementos el recorrido habitual de una migrante joven y soltera. Había llegado a Buenos Aires hacia apenas dos meses, colocándose como sirvienta, “*instancia en la que conoció a Eduardo H., con el que trabó relaciones íntimas*”. Aquel sábado la joven y los amigos “*salieron de juerga, estando al rayar la noche en estado de ebriedad*”. La mujer se descompuso y pidió parar el auto, “*el grito de dolor asustó a sus compañeros de paseo que, en estado de embriaguez, sólo atinaron a huir, dejándola librada a su propia suerte sin prever las graves consecuencias del hecho*”. Como resultado, marchó preso el referido “Eduardo

H.”, al haberse evaluado que en tanto conductor, podría haberla llevado a un hospital. Los otros tres acompañantes fueron en cambio liberados.

En el breve relato de este episodio, se trabaja nuevamente la construcción de “la caída”, en busca de exponer la degradación moral de la protagonista que acaba en la muerte. El sexo, la bebida y “la juerga” son los elementos en la construcción de aquel modelo de vida disipada que se pretende construir como entorno del “mal paso”. La matriz sexual de la lectura se pone en evidencia incluso al reponerse la información sobre su trabajo, que consta en verdad para mostrar las relaciones sexuales que mantenía con esa persona. Así, el hecho a juzgarse pareciera ser, no ya el abandono al costado de la ruta, sino la participación de la mujer en la salida nocturna que la encuentra “sola” con cuatro varones. La crónica expone así su doble moral: el resultado por encarar este tipo de vínculos transitorios es, para la mujer, la desidia que acaba en muerte. Pero el rol de los varones no es tan claramente condenatorio.

Según hemos destacado, la figura del “abandono masculino” constituía una representación común que se hallaba tanto en la historia de la “costurerita” como en “la milonguita”. Las dos son, por definición, trayectorias de personas que acaban en soledad como anticipo de una muerte inminente. Las indagaciones de Armus, situadas en las primeras tres décadas del siglo, ligaban este hecho a la tuberculosis; sin embargo, este no es el caso de las representaciones llegando a los años 50, o por lo menos, no lo es para el caso de las migrantes internas. De todos modos, nos interesa destacar que la ausencia de esta enfermedad no bastó para suspender la proyección de “la caída”, que una vez más viene a dar cuenta de una representación cuyo objeto fundamental era la reposición moral.

De tal modo, y aquí sí en continuidad con los modelos de décadas precedentes: el que abandona es el varón, pero la deshonra es femenina. La lectura del episodio debe ser comprendida en su doble configuración: María Susana es la “abandonada” de hecho, pero es también todas las mujeres abandonadas por el varón, es la “deshonrada”, y la crónica explota ese bagaje de sentidos, estableciendo un juicio aleccionador dirigido a las posibles lectoras del diario. Por otra parte, a pesar de formar parte del mundo de “la caída”, los jóvenes que no auxilian a la mujer son en parte justificados, exponiéndose como atenuante el estado de ebriedad que no les permitió pensar y actuar con claridad. Se consigna que se habrían asustado, sin medir las consecuencias de sus actos. Sería interesante preguntarse si la carga asignada a una mujer que abandona una persona

enferma sería la misma, comprendido el fuerte mandato de cuidado que esclarecen roles, nuevamente, desiguales.

Tomaremos por último un caso que no termina en muerte, pero no es menos contundente, ya que acaba con el regreso obligado al pueblo de origen. El título de la crónica sentencia: *“en un montón de platos sucios cayó la niña que quería volar”* y recoge la interesante historia de una jovencita que *“le birló los pantalones a su padre”* y escapó a Buenos Aires *“vestida de varón”*. La nota relata que Mabel T. quería consolidar una profesión como aviadora, razón por la cual, en su fuga, se dirigía hacia el Palomar, buscando las condiciones que le permitieran desempeñar esa tarea. Sin embargo *“la realidad le cortó las alas”* y *“entre un montón de platos para fregar la encontró su padre, en la prosaica tarea de fregona”*, *“y ella que soñaba en cabalgar nubes y conducir fortalezas volantes, como se maneja una aguja de tejer o una escoba, debió cederle a su pobre viejo el delantalcito, para que enjugara las lagrimas que se le iban de alegría, por el reencuentro”*. Acto seguido la nota despliega las peripecias de su desesperado padre, durante aquellos días que no supo nada de ella, vagando por la ciudad en busca de ayuda. El reencuentro es anunciado como un final feliz *“la muchachita que quiso volar, volvió a ser una hija cariñosa, en cuyas orejitas sopló el hado de la imaginación, un sueño de nubes que queda en un tirón de orejas”*.

Quizás no exista otro ejemplo como este, capaz de dar cuenta de manera tan transparente de la metáfora de “una caída”. Esta vez es concebida en términos del menoscabo en el status social y el fracaso del sueño irrealizado: la joven quería volar alto en la vida, y acabó *“aterrizando forzosamente, entre una pila de platos sucios y cacerolas tiznadas”*. Hay sin embargo otras aclaraciones necesarias a hacerse al respecto de este caso.

En principio es muy interesante la mención al acto de *“vestirse como varón”*. ¿Habría efectivamente “birlado” los pantalones de su padre? ¿no cabe la chance de que los pantalones le fuesen propios?; ¿podría tratarse de una identidad disidente, de un joven trans, que buscaba en la ciudad un espacio de mayores aperturas? Estas preguntas permanecen suspendidas en el aire, ya que la fuente no da mayores precisiones al respecto, sino que tiende a ocluir el tema infantilizando constantemente a la muchacha y tomando su fuga como un acto de travesura. Sin embargo, estas preguntas son legítimas en tanto abren un abanico de posibilidades a la hora de pensar la movilidad también en su variable subjetiva e identitaria. Se ha manejado la hipótesis de que la ciudad operaba en un cambio de mentalidad para las viajeras (BARRANCOS, 2001) que podía ser un

espacio donde se relajara el marco de regulaciones familiares o comunales (LOBATO, 2012) y que constituyó para algunas experiencias de sexualidades disidentes, un resquicio donde hallar espacios de integración y sociabilidades diversas (LAVERDI, 2011). De este modo, aunque improbable, esta interpretación es plausible, ya que si algo se nos escapa son los móviles subjetivos que trascienden la mirada de la crónica.

En segundo lugar, vuelve a actualizarse el mecanismo ya explorado de reubicación genérica, devolviendo una conclusión determinista: la que nace mujer, será mujer. Así, ella que buscó invertir el lugar socialmente asignado en función del género, acaba de vuelta entre los platos sucios de una cocina, utilizando un delantal; ella que osa emprender la tarea de manejar una aeronave como si se tratase de “*manejar una aguja de tejer o una escoba*”, está condenada a la caída.

Será además su padre el encargado de restituir el orden perdido: encarna materialmente la búsqueda y devolución de la hija al hogar, allá “*en la lejana ciudad de Olavarría*”. Según esta mirada el relato se cierra felizmente en una reposición que no sólo es física, sino simbólica, recuperándose el lugar de “*hija cariñosa*” que deja atrás este episodio desatado por su “*imaginación*” e “*inquietud excesiva*”.

Aunque el insistente tono de infantilización en el relato intente instalar un guiño de simpatía hacia una joven Mabel que en su “*inocencia*” pretendía un sueño imposible, revela el mecanismo de exposición que deviene de hacer pública una “*caída*”, humillando a la persona.

No ha sido Mabel justamente, quien enjugó las lágrimas del reencuentro.

A modo de conclusión

En este recorrido hemos pretendido un diálogo entre representaciones sobre mujeres viajantes, que, producidas en contextos históricos distintos evidenciaron no obstante, una marcada continuidad. Tanto en sus trayectorias “*del barrio a la ciudad*”, encarnadas en las figuras del “*mal paso y la caída*”, como en las migraciones interprovinciales de mediados de siglo XX, las mujeres que andaban “*solas*” desafiaron el mandato de domesticidad dominante que comenzaba con la decisión de partir. Esta decisión se apoyaba, entre otras cosas, en el deseo que alimentaba la proyección de otro modelo de vida posible, en un contexto en donde ésta era una alternativa viable.

A la figura del “*abandono*” masculino que en muchos casos se repuso como componente de la “*caída en desgracia*”, estas experiencias oponen la decisión autónoma

de la que elige migrar a pesar de sus costos sociales, que hemos visto expresados en el rumor de la vecindad, la exposición y la humillación como “muerte simbólica”.

La recuperación de aquellos “rumores” en calidad de testimonios ofrece una tribuna de respaldo al cronista que busca, en verdad, expresar su propio punto de vista. Entendemos estas opiniones, no obstante, como expresiones de un orden social más allá de una voluntad individual esclarecida, que se proponga formular lineamientos ideológicos de modo consciente. Mayormente, la riqueza de estas fuentes procede de los “deslices” de la escritura: en la recarga de adjetivaciones, la excesiva descripción, y el esmero de caracterización de sujetos y contextos.

Sin embargo, y justamente por ello, expresan un conjunto de apreciaciones sociales que sin dudas abogaron por la reubicación de estas mujeres “desviadas” en los lugares socialmente asignados a su género y procedencia social. Tal es así, que a pesar de los actos de violencia cometidos por varones, el juicio moral recae sobre las acciones y comportamientos de las mujeres que resistieron los rótulos. Esto fue particularmente evidente para el caso de Santina, donde los diarios reconstruyeron el detalle sobre su trayectoria biográfica, mientras del victimario sólo sabemos su ocupación y dónde fue encontrado después de asesinarla.

Más claramente, encontramos que los dos componentes del estereotipo de la “costurerita” se hicieron presentes en el análisis de los casos. En su variable de clase, recoge una reflexión por demás interesante: aquella proyección imaginaria de otro destino posible más allá de los trabajos como sirvientas o costureras, es duramente castigada por las crónicas. Estas, exponen socialmente a las protagonistas intentado mostrar que el camino de la proyección económica no es posible para alguien de su condición social, sin correr los riesgos de la tragedia o el escarmiento. El caso de humillación pública de “la aviadora”, Mabel T., expuso este aspecto de modo revelador ya que fue obligada a volver al pueblo, donde, -no es difícil suponer- habría soportado una nueva reverberación de aquellos comentarios juiciosos y regulatorios que encarna la comunidad.

En su variable sobre sexualidad, el estereotipo se actualiza sin dudas en el sobre-análisis de la actividad sexual de las mujeres en los casos seleccionados, aspecto sobre el cual que se apoya la de “reubicación” genérica. Nuevamente, el caso de Santina o Fanny, expresa acabadamente estas valoraciones en la polarización de un momento previo a la migración, configurada según el patrón normativo del ideal familiarista, mientras que el “mal paso” se constituye como la expresión más acabada de la

degradación moral: el comercio sexual. El cronista recupera esta imagen nuevamente al hacer alusión a la “vergüenza” que sufre la mujer por su nuevo oficio, lo cual le impide acusar abiertamente al golpeador y finalmente, femicida. Del mismo modo, el haberse cambiado el nombre a “Fanny”, es interpretado como un signo de rescate moral de última hora, como un indicio de “escrúpulo”. Sin embargo, otra interpretación posible desprovista de aquella impronta, implicaría pensar un nombre de regeneración, autoasignado para encarar la nueva vida que se elige en la Metropoli.

Tal vez la ausencia más notable que emerge de la comparación de los estereotipos que trabajamos, refiere a los imaginarios que pudieron recoger una mirada racializante sobre aquellas mujeres, aspectos que sí estuvieron presentes en algunas representaciones sobre provincianas a mediados de siglo XX (y que ha quedado por fuera de este trabajo). El cruce de la configuración racial y clasista ha sido mayormente estudiado al considerarse la emergencia de significados de clasificación social que produjo la “irrupción de las masas”. Sin embargo, esos estudios no consideraron la perspectiva de género que supuso, entre otras, ocluir la participación de las mujeres en aquel proceso (GRIMSON, 2017)

Por el contrario, y a pesar de la impronta de las fuentes consultadas, hemos pretendido destacar la matriz deseante en las figuraciones que estas mujeres se hicieron de la ciudad y las posibilidades que esta ofrecía. El propósito de esta tarea apunta justamente a devolver algo de la subjetividad inscripta en la toma de decisión al respecto del acto de migrar, en especial, en el agenciamiento de la que decide viajar sola.

Si algo ha dejado en claro la revisión de los casos es que estas mujeres molestaron justamente en su iniciativa deseante, en la aspiración por revertir el lugar que les fuera asignado. Para aquellas que avanzaran en esa iniciativa, el discurso social les tuvo preparado un enunciado determinante: la ciudad no era un lugar para una mujer sola. Y esta representación fue exhaustiva en la construcción de la marginalidad en ciertos contextos de urbanidad, por otra parte, constituidos de manera oportunista, ya que cedieron paso a las representaciones de la “ciudad acogedora” según conviniera.

Las referencias a la “monstruosidad” de sus rascacielos, el ruido, y la velocidad, se combinaron con la caracterización de la ingenuidad e impericia de la muchacha de provincia, convertida en la víctima predilecta de sus males sociales. El reflejo de “monstruosidad” se actualiza, con las mismas palabras, en los estereotipos de las

trabajadoras tísicas de principios de siglo, construidas ellas mismas como figuras “monstruosas y enfermizas”.

Es interesante destacar, asimismo, que los estereotipos se constituyen sobre la deformación o exageración de la realidad, pero también se referencian en ella. Esta aclaración es válida, pues, a pesar de las representaciones estigmatizantes, parte de los contextos de inscripción de estas trayectorias migrantes efectivamente se constituyeron en los márgenes de la urbanidad. Reducirlo sólo a la denuncia crítica del estereotipo implicaría ocultar las desigualdades, opresiones y violencias que padecieron muchas mujeres de hecho.

A pesar de ello, estas trayectorias también muestran que las provincianas, lejos de la impericia, buscaron activar los mecanismos de inserción social en disponibilidad, así como, lejos de la ingenuidad, disfrutaron de su sexualidad en cuanto pudieron.

En ese sentido, es posible que el tono conservador del periódico, aun formando parte del impulso reformador del peronismo, respondiese más bien a un intento desesperado por corregir comportamientos y relaciones sociales que, ya para el primer lustro de la década del cincuenta, empezaron a cuestionar abiertamente el modelo único de la domesticidad.

Bibliografía

ARMUS, D. (2002). "Milonguitas" in Buenos Aires (1910-40): tango, social ascent, and tuberculosis. En: *Historia, ciencia, Saude-Manguinhos* vol.9 suppl.0 Rio de Janeiro 2002.

ARMUS, D. (2007). *LA CIUDAD IMPURA. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Buenos Aires, Edhasa.

BARRANCOS, D. (2001) *Iniciativas y debates en materia de reproducción durante el primer peronismo (1946-1952)*, Salta, SEPOSAL/Gredes/UNAS.

LAVERDI, R (2011) *Vivencias urbanas de jóvenes muchachos homosexuales en el interior de Brasil: alteridades en y por la Historia Oral*. En: *Necoechea y Torres, "Camino de historia y memoria en América latina"*, Imago Mundi, Buenos Aires.

GERMANI, G. (1973) «El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos». En: *Desarrollo Económico*, nº 51. Buenos Aires.

GRIMSON, A. (2017) Raza y clase en los orígenes del peronismo: Argentina 1945. *Desacatos* 55. Buenos Aires.

JAMES, D. y LOBATO, M. (2012) *Del paraje al frigorífico: la construcción de la identidad santiagueña en Berisso*. Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura “Oscar Terán” Instituto Ravignani. Documento inédito.

KNIGHT (2015) “Panorama general de la gran depresión en América Latina” en *La Gran Depresión en América Latina*, Buenos Aires, FCE.

MILANESIO, N. (2010). “Peronists and cabecitas. Stereotypes and anxieties at the peak of social change”. En Matthew Karush y Oscar Chamosa, *The New Cultural History of Peronism*, Duke University Press, Durham y London, pp. 53-83.

MILANESIO, N. (2014) *Cuando los trabajadores salieron de compras: nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

PATEMAN, C. (1988) “El contrato sexual” ANTHROPOS - UAM, México.

PITE, Rebekah (2016) *La mesa está servida. Doña Petrona C. de Gandulfo y la domesticidad en Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, EDHASA.

QUEIROLO, G. (2007). "Malos pasos" y "promociones". Aproximaciones al trabajo femenino asalariado desde la historia y la literatura (Buenos Aires, 1919-1939). I Jornadas Nacionales de Historia Social, 30, 31 de mayo y 1 de junio de 2007, La Falda, Córdoba.

VERBITSKY, Bernardo. (2003) *Villa Miseria también es América*. Buenos Aires: Sudamericana.

WIAME BERTAUX (1983) La perspectiva de la historia de vida en el estudio de las migraciones interiores. En Marinas y Santamaria: “La historia oral, métodos y experiencias”, Debate.